

»ó Apolo da principio á la pelea,
 »ó de Aquiles el brazo deteniendo
 »lidiar no le permiten, presurosos
 »á la lid volaremos; y al instante,
 »quedando por nosotros la victoria,
 »al Olimpo y la junta de los Dioses
 »aquellos volverán cuando ya vean
 »por nuestras manos su poder vencido.»

Así dijo Neptuno, y el primero al terraplen marchó que los Troyanos y Minerva otro tiempo fabricaran para que en él pudiera defenderse el valeroso Alcides, cuando en fuga puesto por la ballena y perseguido de la orilla del mar á la llanura azorado llegara. Allí Neptuno se asentó con los otros inmortales; y oscura nube, que imposible fuese romper, enderredor sobre sus hombros extendieron los Dioses. Y á otro lado, del Flechador en torno y de Mavorte, los Dioses que á los Teucros defendían se asentaron también sobre la cumbre del enhiesto collado que llamaban los naturales la *Colina hermosa*. Y de este modo, aunque en diverso lado, unas y otras Deidades reunidas conferenciaban, rehusando todas el combate empezar, por más que Jove, del Olimpo sentado en las alturas, daba de guerra el espantoso grito.

Entretanto llenóse de guerreros la gran llanura, en derredor bañada de clara luz que el reluciente bronce lanzaba de los hombres y caballos, y en hórrido fragor la dura tierra bajo sus piés crujía. Y dos caudillos corpulentos, forzudos y valientes, á encontrarse marchaban deseos de combatir; Enéas y el temido Aquiles. Y el primero que agitando sobre la alta cimera la garzota, y con torvas miradas al Aqueo amenazando ya, marchó animoso, el hijo fué de Anquises, arrimada al pecho la rodela y la robusta pica blandiendo; y á encontrarle vino el valeroso Aquiles. Como suele el leon que despuebla las majadas cuando para matarle se reune

de todo el pueblo juventud briosa, á su encuentro marchar desdeñoso primero los desprecia; mas si herido es de un fuerte mancebo por la pica, hácia él se vuelve con la boca abierta, baña en espuma los agudos dientes, gime en el pecho el corazón fogoso, los muslos y costados con la cola duro se hiere, y al combate él mismo se anima y estimula; y con ceñudo rostro mirando al escuadrón, le embiste enfurecido, y, ó matar alcanza á alguno de los jóvenes, ó muerto en tierra él cae en la primera fila; así entónces á Aquiles en el pecho su valeroso corazón mandaba contra Enéas marchar. Cuando ya cerca estuvieron los dos, habló primero el magnánimo Aquiles, y le dijo:

«¡Enéas! ¿Por qué así de tus escuadras
 »mucho te adelantaste, y ya parado
 »aquí me esperas? ¿Tu valor te inspira
 »conmigo pelear, y te prometes,
 »la dignidad de Príamo ocupando,
 »ser Rey de los Troyanos belicosos?
 »Te ciega la ambición. Aunque me mates,
 »no ya esperes que Príamo te ceda
 »en premio la corona; muchos hijos
 »tiene, y su sano juicio todavía
 »conserva y la razón no le abandona.
 »¿O acaso separarte han prometido
 »heredad espaciosa los Troyanos
 »que á todas aventaje y tú cultives
 »en amenos vergeles dividida
 »y en tierras de labor, si me matares?
 »No fácil te será. Ya una vez sola
 »que esperarme quisiste, con mi pica
 »en fuga yo te puse. ¿No te acuerdas
 »ya de aquel día que guardando estabas
 »el ganado tú solo, y de los montes
 »Ideos te lancé, y en busca tuya
 »siempre corriendo con ligera planta
 »iba yo, y en la fuga la cabeza
 »ni aún osaste volver hasta que dentro
 »de Lirneso te viste; y yo fiado
 »en el favor de Jove y de Minerva,
 »destruí la ciudad y las mujeres
 »hice cautivas, pero á ti salvaron
 »Jove y otras Deidades? Pues ahora
 »no ya te salvarán, como lo esperas.

»Así, yo te aconsejo que conmigo
 »no quieras combatir. A tus escuadras
 »retrocede veloz, ántes que sea
 »el daño irreparable; que hasta el necio
 »su mal conoce cuando ya ha llegado.»
 Enéas respondió: «¡Valiente Aquiles!
 »No ya esperes con retos y amenazas
 »amedrentarme, cual si fuese ahora
 »un tímido rapaz. También podría
 »decirte yo denuestos y baldones.
 »Sabemos uno y otro de qué gente
 »descendemos los dos, y quiénes fueron
 »sabemos nuestros padres, porque oído
 »habemos lo que en fama verdadera
 »de los siglos pasados se refiere
 »en cada pueblo; pero tú de vista
 »no á los míos conoces, ni á los tuyos
 »tampoco yo. De tí dice la fama
 »que eres hijo del ínclito Peleo
 »y de la Diosa Tétis, la graciosa
 »ninfa del mar; y puedo gloriarme
 »no poco yo de que mi padre ha sido
 »el magnánimo Anquises, y que Vénus
 »es la que me dió á luz. Pero este día
 »del hijo amado llorarán la muerte
 »tus padres ó los míos; pues no creo
 »que en pueriles injurias se termine
 »nuestro combate, y sin medir las armas
 »nos separemos ambos. Mas si quieres
 »informarte mejor de mi linaje,
 »aunque es de muchos hombres conocido,
 »escucha: —Fué el autor de mi familia
 »Dárdano, Rey de numeroso pueblo
 »y de Jove nacido, y á la falda
 »habitaba del Ida, y en el valle
 »una ciudad fundó, que de su nombre
 »Dardania se llamó; que todavía
 »no se fundara la ciudad de Troya
 »en la llanura. Dárdano por hijo
 »tuvo al Rey Erictonio, que en riqueza
 »aventajaba á los mortales todos;
 »pues en sus verdes prados á la márgen
 »de espaciosa laguna tres mil yeguas
 »tenía, y cada cual todos los años
 »un potro le criaba. Enamoróse
 »de algunas, entretanto que pacían,
 »el Bóreas; y tomada la figura
 »de un hermoso caballo, en ellas hubo
 »otros doce bridones, que ligeros
 »corrían por la mies sin que su planta

»las espigas rompiese ni doblase;
 »y si del mar por la llanura inmensa
 »hubiesen de correr, sobre las olas
 »saltaran sin hundirse. Y Erictonio
 »hubo por hijo á Tros, el que, fundada
 »Troya, en ella reinó. Tuvo tres hijos:
 »Ilo el mayor, Asáraco el segundo,
 »y el rubio Ganimédes el tercero,
 »que en belleza á los Dioses igualaba
 »y el más hermoso de los hombres era;
 »y los eternos Dioses al Olimpo
 »quisieron que subiera y allí fuese
 »el copero de Jove, y habitara
 »por su mucha beldad con las Deidades.
 »Ilo tuvo por hijo á Laomedonte,
 »y de él Titon y Príamo nacieron,
 »y Lampo, y Clitio, y el igual á Marte
 »Hicetáon. Asáraco por hijo
 »á Cápis tuvo, y de este nació Anquises,
 »mi padre; y el primero de los hijos
 »de Príamo Héctor es el animoso.
 »De esta familia, pues, y de tal sangre
 »yo de ser me glorio; pero Jove
 »en los guerreros el valor aumenta
 »ó disminuye, como bien le place;
 »que es el más poderoso de los Dioses.
 »Así, no más en medio de la liza
 »detenidos el día malgastemos
 »en ociosas palabras cual si niños
 »fuéramos ambos. Fácil nos sería
 »á los dos con dicterios injuriarnos
 »muchos y repetidos, y una barca
 »no bastara tal vez de cien remeros
 »para llevarlos todos. Es voluble
 »de los hombres la lengua, y de su boca
 »muchas palabras salen, ya ofensivas,
 »ya lisonjeras. Dilatado el campo
 »de las injurias es; y cual hablares,
 »tal oirás de los otros la respuesta.
 »¿Mas á qué fin con injuriosas voces
 »altercamos los dos cual mujercillas,
 »que acaloradas en fatal querella
 »en medio de la calle con denuestos
 »se zahieren airadas, y se dicen
 »con mentira ó verdad cuantas injurias
 »la cólera sugiere? Con palabras
 »no harás que retroceda, y que me olvide
 »del antiguo valor, hasta que mida
 »yo contigo las armas. Así, pronto
 »uno del otro con el duro hierro

»probemos la pujanza.» Dijo Enéas; y vibrando su pica, en el escudo del Griego la clavó, por más que fuese tan sólido y doblado. En ronco ruido recrujió el duro escudo al penetrarle la punta de la pica, y temeroso Aquiles, de su pecho con la mano cuanto pudo alejado le tenía creyendo que de Enéas fácilmente le horadaria la robusta lanza, sin advertir, ¡ah necio! que á los hombres no era dado romper una armadura por el mismo Vulcano fabricada, ni ella ceder podía. Así no entónces el escudo pasó la poderosa lanza de Enéas; la detuvo el oro que el Dios pusiera en medio. Las dos planchas atravesó primeras, mas no pudo pasar las otras tres; porque Vulcano cinco láminas puso: dos de cobre, las primeras de todas; de bruñido estaño las dos últimas, y en medio una de oro macizo, y detenida por ésta fué la poderosa lanza.

Vibró la suya el valeroso Aquiles y en la más alta parte del escudo de Enéas logró dar, en donde habia una chapa de bronce muy delgada y un cuero no muy fuerte; y por entrambos la punta atravesó, y en ronco ruido crujió el duro broquel. Que le matase temiendo Enéas se encogió, y en alto la rodela tenía levantada alejándola mucho de su cuerpo; pero la aguda lanza, atravesando por la chapa y la piel del ancho escudo, que se llevó consigo, por encima del hombro del Troyano y sin herirle pasó, y no léjos se clavó en la arena y allí fija quedó, pero impaciente de volar todavía. Así evitado el recio golpe de la lengua pica, quedó inmóvil Enéas, y sus ojos oscura nube de dolor y miedo en derredor cubrió, cuando tan cerca vió clavada la pica. Luego Aquiles, desnudando la espada cortadora y alto gritando en espantosas voces, furioso arremetió; mas una piedra alzó Enéas del suelo, tan pesada

que dos hombres moverla no podrían como los que hay ahora, y sin trabajo la manejaba él sólo. Y con la piedra, ántes de que á él llegase, hubiera herido la celada de Aquiles, ó el escudo, que de morir le habria libertado; y el hijo de Peleo, con su espada hiriéndole de cerca, de la vida privado hubiera al campeón de Troya, si Neptuno tan pronto no lo hubiese advertido. Mas, viéndolo, á los Dioses que en torno estaban se volvió y les dijo:

«Mucho, ¡oh dioses! me duelo de la suerte
»del magnánimo Enéas; que bien pronto
»por Aquiles vencido, á las sombrías
»regiones bajará por haber dado
»hoy crédito de Apolo á las palabras.
»¡Necio! que luego de la triste muerte
»no aquél le libraré. Mas ¿por qué ahora
»éste ha de perecer sin culpa suya
»por delitos ajenos en que parte
»él no tuviera, cuando siempre pio
»víctimas escogidas á los Dioses
»que en el cielo habitamos anchuroso
»ofrecer suele? De morir ahora
»librémosle nosotros; porque Jove
»no se enoje tal vez, si aquí dejamos
»que le dé muerte Aquiles. El Destino
»dispuso que la evite porque toda
»no perezca de Dárdano la raza,
»á quien amaba Jove sobre todos
»los hijos que hasta entónces le nacieran
»de mujeres mortales. Ya hace tiempo
»que á la prole de Príamo el Saturnio
»aborreció; mas el valiente Enéas
»sobre los Teucros reinará, y el cetro
»heredarán los hijos de sus hijos
»y los que en adelante de él nacieren.»

Juno le respondió: «Tú delibera
»en tu ánimo, Neptuno, si la vida
»le has de salvar, ó permitir que á manos
»de Aquiles muera ahora aunque valiente
»él sea y virtuoso; que nosotras,
»Pálas y yo, terribles juramentos
»á la faz de los Dioses inmortales
»muchas veces hicimos de que nunca
»salvaremos la vida á los Troyanos,
»ni aún aquél dia que de Troya abrasen
»la ciudad todas las voraces llamas
»que encenderán los belicosos Griegos.»

De la Diosa escuchada la respuesta, Neptuno atravesó por las falanges y el estruendosa ruido de las picas y al paraje llegó donde el valiente Aquiles con Enéas peleaba. Y oscura niebla derramó en los ojos del hijo de Peleo; y por su mano del escudo de Enéas la terrible lanza sacó del Griego y en la arena á los piés se la puso, y al Troyano alzó en el aire. Atravesaba Enéas, en alto sosteniéndole Neptuno, por encima las filas numerosas de los guerreros y marciales carros, y llegó al escuadron de los caucones que al extremo del campo se formaban, y Neptuno le habló, y así le dijo:

«¡Enéas infeliz! ¿Cuál de los Dioses
»en daño tuyo te inspiró que solo,
»y cuerpo á cuerpo, en desigual batalla
»entrases con Aquiles, que más fuerte
»es que tú y más querido de los Dioses?
»Cuando con él te encuentres en las lides,
»léjos te aparta si bajar no quieres
»ántes de tiempo á la region oscura.
»Mas cuando Aquiles haya de la vida
»al término llegado, valeroso
»entónces tú de la primer escuadra
»te pon al frente y lidia; que ninguno
»te matará de los demás Aqueos.»

Así dijo Neptuno, y al Troyano allí dejó, despues que saludables consejos le hubo dado, y de los ojos de Aquiles apartó la niebla oscura. Vió claramente en derredor el Griego; y un suspiro exhalando, así decia á su valiente corazon: «¡Oh Dioses!
»gran prodigio estoy viendo con mis ojos.
»La pica está á mis piés; pero no veo
»al adalid Troyano á quien mi diestra
»la arrojara, matarle deseando.
»Ciertamente á los Dioses inmortales
»caro es Enéas, aunque yo creia
»que él en vano de serlo se jactaba.
»Sálvese, pues; que en adelante nunca
»querrá probar mi fuerza, pues ahora
»se contentó con evitar la muerte.
»Entretanto el valor de los Aqueos
»mi voz aumente; que despues en busca
»yo marcharé de los demás Troyanos,

»y veré si se atreven á esperarme.»

Así dijo; y las filas recorriendo, á todos animó con estas voces:
«¡Valerosos Aquivos! no alejados
»de los Teucros esteis; cada guerrero
»á un enemigo embista, y animoso
»combata sin cesar. A mí difícil,
»áun siendo tan valiente, me seria
»el alcance seguir á tantos hombres
»y con todos lidiar. Ni el mismo Marte
»siendo Dios inmortal, y ni aún Minerva,
»tan dilatado campo de batalla
»podrian recorrer, y en todas partes
»hallarse y pelear. Cuanto pudiere,
»ó desde léjos, ó en veloz carrera
»siguiendo al enemigo, ó valeroso
»combatiendo á pié firme, ni un instante
»de hacerlo dejaré. Por todos lados
»penetraré en sus filas y ninguno
»de los Troyanos, que á venir se atreva
»donde yo pueda con mi lanza herirle,
»alegre tornará.» Con estas voces Aquiles á los Griegos animaba á pelear; á los Troyanos Héctor aguijaba tambien, y jactancioso él se ofrecia en singular pelea á combatir con el valiente Aquiles.

«Magnánimos Troyanos (les decia)
»no ya temais al hijo de Peleo:
»yo de palabra con los mismos Dioses
»pelearía; con la pica en mano
»no es ya tan fácil, porque son más fuertes.
»Ni Aquiles cumplirá sus amenazas
»todas: algunas el Saturnio Jove
»le dará ejecutar; pero otras muchas
»el viento habrá llevado. Voy ahora
»en su busca, aunque sean semejantes
»sus manos á la llama; sí, á la llama
»semejantes sus manos, y al acero
»su indomable valor.» Así decia Héctor para animar á los Troyanos; y éstos, la pica alzada, al enemigo marcharon sin temor, y la pelea empezó clamorosa. Entónces Febo, acercándose al héroe, así le dijo:

«¡Héctor! no ya tú sólo, adelantado
»de la escuadra, combatas con Aquiles:
»en la comun pelea, y confundido
»entre la turba, espera que él embista;
»no acaso con su lanza desde léjos,

»ó de cerca te mate con su espada.»

Así le dijo el Dios; y acobardado Héctor al escucharle, por la filas se entró de las escuadras numerosas que le seguían; y entretanto Aquiles, de fortaleza el corazón vestido, gritaba en alta voz y á los Troyanos se arrojó furibundo, y el primero á Ifitíon mató. Muy valeroso era este capitán y acaudillaba numeroso escuadrón, y de Otrinteo era nacido y de la ninfa Náís, que en Ida le dió á luz, ciudad hermosa á la falda del Tmoló, coronado de eternas nieves, situada. Aquiles viera que Ifitíon muy animoso hacía él venía, y con su aguda lanza le hirió en medio la frente; y la cabeza en dos partes iguales dividida, cayó el héroe en el suelo, y encontorno la tierra resonó; y ufano Aquiles, viéndole moribundo, así decía:

«¡Yaces, Ifitíon, el más temido
»de los guerreros Carios! Á la margen
»tú naciste del lago de Gigeo,
»y allí tenías la heredad paterna
»por las aguas del Hilo caudaloso
»y del Hermo regada, y á este clima
»has venido á morir.» Así le dijo
vanaglorioso Aquiles, y entretanto de Ifitíon los ojos ya cercaba oscuridad de muerte. Su cadáver los bridones aquivos, por encima pasando todos los que atrás estaban, con los clavos que en torno de la rueda la férrea llanta en las volubles pinas aseguraban, en menudos trozos despedazaron. El valiente Aquiles al hijo de Antenor Demoléonte, esforzado guerrero, con su lanza hirió luego en la sien; y atravesando por el casco de bronce, que no pudo al golpe resistir, la aguda punta, ansiosa de pasar más adelante, el hueso le rompió. Pasó la pica al otro lado y dentro la cabeza todo el cerebro le inundó de sangre, y le mató cuando animoso entraba el jóven en la lid. Á Hipodamante, que de él huía y en la arena entonces

á saltar iba ya desde su carro, hirió despues Aquiles; y el aliento al exhalar el infeliz, bramaba como suele bramar hosco novillo que llevan arrastrando los mancebos á su pesar en torno de las aras en Hélice erigidas á Neptuno, que en su sangre se goza. Tal entonces bramaba Hipodamante, y de su cuerpo huyó el alma feroz; y en tanto Aquiles mató de una lanzada á Polidoro, semejante á los Dioses y nacido de Príamo. Su padre á las batallas ir no le permitía, porque siendo el de menos edad entre sus hijos más que á todos le amaba; pero el jóven, como en correr ligero aventajaba á los Troyanos todos, este día, de sus veloces piés haciendo alarde por juvenil error y de la hueste adelantado en imprudente arrojo, corriendo estuvo hasta que al fin la vida el misero perdió. Viéndole Aquiles cerca de sí pasar, en las espaldas entre los dos riñones con la pica le hirió, y la punta atravesando el vientre salió del otro lado, en el paraje en que del cinto los anillos de oro se unían y era doble la coraza. Cayó el jóven en tierra de rodillas exhalando suspiros lastimeros, y negra nube oscureció sus ojos; y hecho un oyillo, con la débil mano á impedir que saliesen por la herida las entrañas el triste se esforzaba. Cuando Héctor vió á su hermano Polidoro caído en tierra y moribundo, oscura tiniebla de dolor sobre su vista fué derramada; y el amor de hermano ya no le permitió más largo tiempo léjos estar lidiando. Del Aquivo en busca marchó, pues, impetuoso como el ardiente fuego, y en la diestra ágil blandía la robusta lanza; pero apenas le vió el valiente Aquiles á él se arrojó, y alegre así decía:

«Cerca ya tengo al hombre que profunda
»herida abrió en mi pecho, y al amigo
»más caro dió la muerte. No más tiempo
uno del otro huyamos, ni entre filas

»ya más nos ocultemos.» Y mirando con torva faz al campeón de Troya, añadió todavía estas palabras:
«Más cerca ven, para que pronto llegues
»al confín de la vida.» Sin turbarse, Héctor le respondió: «No así pretendas
»intimidarme, cual si fuera un niño,
»con amenazas, hijo de Peleo!
»Yo sé también palabras injuriosas
»y denuestos decir. Sé que valiente
»eres, y yo con mucho no te igualo
»en fuerzas y valor; pero los Dioses
»son los que saber pueden si aunque sea
»yo menos valeroso con mi lanza
»muerte aquí te daré; porque su punta
»afilada es también.» Así decía, y la pica arrojó; pero Minerva, con un ligero soplo, del escudo la rechazó de Aquiles y delante de Héctor cayó á sus piés. Impetuoso arremetió el Aquivo deseando al Troyano matar, y en altas voces fiero le amenazaba; y fácilmente ¡tanto pueden los Dioses! por los aires Febo le arrebató, y oscura niebla derramó en torno. Acometió tres veces Aquiles con su pica, y otras tantas hirió la niebla leve; y furibundo por cuarta vez acometiendo en vano, así decía en arrogantes voces á su enemigo: «De la muerte ahora,
»perro, te has libertado, aunque muy cerca
»ya la tuviste; porque el mismo Apolo,
»á quien tú ruegos fervorosos haces
»antes de entrar en lid, te ha defendido.
»Pero yo al fin te mataré si tengo
»la dicha de encontrarte en la batalla,
»y si es que á mi también me favorece
»alguno de los Dioses. Mas ahora
»seguiré á los Troyanos, y la vida
»á todos quitaré cuantos alcance.»

Dijo, y marchó; y en la mitad del cuello dió una lanzada á Dríope, que en tierra cayó á sus piés. Y sin pararse el héroe á quitarle las armas, á Demuco, hijo de Filetor, alto de talla y esforzado guerrero, en la rodilla hiriendo con su lanza, le detuvo; y el anchuroso estoque desnudando, le hirió con él y le quitó la vida.

Y acometiendo en rápida carrera, desde su carro derribó en el polvo á Láogono y á Dárdano, ambos hijos de Biantes; al primero desde léjos arrojando la pica, y al segundo de cerca hiriendo con la grande espada. Encontróse despues en la pelea con Tros, hijo de Alástor, que á la fuga no pudiendo acogerse, humilde vino á sus piés. Y abrazando sus rodillas le suplicaba en dolorosas voces que de su tierna edad compadecido, igual á la de Aquiles, sin matarle en libertad y vivo le dejara. ¡Infeliz! no sabía que sus ruegos no serían oídos; porque Aquiles no era de genio dulce y bondadoso, sino iracundo y fiero. Arrodiado el jóven á sus piés y ambas rodillas abrazadas teniendo, deseaba moverle á compasión; pero á sus voces sordo Aquiles, el pecho con la espada le atravesó, y en la purpúrea sangre envuelto el corazón salió, y en tierra el jóven derribado, entre suspiros el ánima exhaló y espesa nube cubrió por siempre sus brillantes ojos. Aquiles luego á Mulio con la pica hirió en la sien, y hasta la sien opuesta atravesó la punta. Con la espada hirió despues en la cabeza á Equeclo, otro hijo de Agenor, y el hierro todo con la caliente sangre enrojecido se calentó también, y con oscura niebla la muerte inevitable en torno cubrió sus ojos. Y arrojando Aquiles despues la pica á Deucalion, el hierro el brazo le pasó de parte á parte cerca del codo. Y sin poder moverse el infeliz por el dolor terrible que en el brazo sentía, allí parado á Aquiles espero, la negra muerte viendo delante ya. Llegó el Aquivo; y de un revés con la tajante espada del cuello separando la cabeza, lejos de sí con el almete al suelo la arrojó, y de las vértebras salía la médula, y el tronco mutilado cayó por tierra. Encaminóse Aquiles desde allí contra un hijo de Pireo,

Rigmo llamado, valeroso y fuerte, que de la fértil Tracia aquellos días fuera venido á Troya; y disparando contra él la aguda lanza, en medio el vientre la punta se clavó. Cayó el guerrero; y Aquiles al auriga, que las riendas volvía á los caballos, por la espalda clavó la pica y derribó en el polvo, y huyeron desbocados los bridones.

Como el fuego voraz rápido vuela de árido monte por los anchos senos, y arde el espeso bosque, y agitado lleva el viento la llama abrasadora hasta el extremo de la selva; Aquiles así por todas partes con su lanza furibundo corria, cual si fuese una Deidad; y en rápida carrera perseguía á las Teucros que el Destino á morir condenara, y en arroyos

corrió la sangre por la negra tierra, y como el trillador unce dos bueyes de torva y ancha frente bajo el yugo para que el trigo, ó cándida cebada, trillen en igual era, y de continuo bajo los piés de los mugientes bueyes se desmenuza la dorada espiga; así, á la voz del valeroso Aquiles, los ligeros bridones con el casco hollaban los cadáveres y escudos, y el eje por debajo con la sangre era teñido, y de la silla en torno los tableros del carro con las gotas que arrojaban los piés de los trotones y las volubles ruedas salpicados eran también; y Aquiles, que de eterna gloria cubrirse deseaba sólo, en polvo y sangre, y en sudor bañadas ambas tenía las invictas manos.

LIBRO VIGÉSIMOPRIMERO

ARGUMENTO

*Los teucros divididos con espanto
Huyen de Aquiles á Ilion y al Xantho.
Hace Aquiles en él destrozos fieros,
Y prende doce jóvenes guerreros.
Persigue muy veloz, pero engañado,
Á Apolo en Agenor transfigurado.*



UANDO del río á la corriente undosa ya los Teucros llegaban y á los vados, enfurecido el valeroso Aquiles los separó en dos trozos. A los unos echó hácia la ciudad por la llanura por la cual fugitivos los Aqueos otro día vinieran en derrota cuando Héctor los seguía con su lanza; y tímidos ahora los Troyanos por allí mismo huían presurosos y en confuso tropel se derramaban, y para detenerlos en la fuga espesísima niebla sobre el campo extendió Juno. A los demás el héroe, envueltos y cortados, perseguía hácia las muchas aguas espumosas de la corriente rápida del río, y en él precipitados se arrojaban con espantoso ruido. Resonaron las profundas corrientes, y en terribles ecos ambas riberas el confuso estruendo repetían y las voces y clamorosos gritos de los Teucros, que envueltos en los hondos remolinos

de la corriente, en vano se esforzaban á salvarse nadando. Como vuelan acosadas del fuego impetuoso que de repente ardió y atizan siempre los hombres en el campo las langostas, y huyen hácia los ríos y aturdidas en el agua se arrojan; así entónces del Janto las corrientes se llenaban de los muchos peones y caballos que de Aquiles huyendo, al hondo río revueltos y mezclados se arrojaban. Mas el héroe, dejándose en la orilla á uno de los frondosos tamarices arrimada la pica, á la corriente saltó del agua parecido á un númen; y defendido con la espada sola, respirando furor los perseguía. Y á derecha é izquierda dando tajos, triste clamor alzaban en el río los míseros Troyanos que caían heridos por su diestra, y la corriente se enrojeció con la purpúrea sangre. Como huyendo los otros pececillos del enorme delfín los senos todos